JORGE VALDANO

Futbolista, entrenador...

La mirada del testigo

JORGE Valdano cambió el lenguaje del fútbol en España, le dio consistencia y dignidad, y por ello fue zaherido hasta tal punto que resultó la diana preferida de racistas que hicieron de él un símbolo de lo que se llamó *sudacas*. Él mismo contribuyó a quitarle a esa expresión el aire peyorativo con que se inventó, participando en una campaña que puso de manifiesto cuántos *sudacas* habían hecho distinta y mejor la vida del mundo y de este país. Esta es una conversación en la que nos habló sobre los acontecimientos de los que fue testigo.

JUAN CRUZ

Cuál es la primera imagen que tú tienes de la infancia?

–La que me ha golpeado más sin saber que me golpeaba en ese momento fue la muerte de mi padre. Yo recuerdo muy claramente el velatorio, sin emparentarlo a la desgracia, tendría cuatro años, no tenía conciencia de la muerte. Recuerdo que estaba jugando al fútbol con mis amigos como si fuera un día más y vino a buscarme mi tía a grito limpio diciéndome que no era día para jugar al fútbol. Y me devolvió a ese ambiente cargado de dolor.

–Te devolvió a la realidad...

–En realidad no me acuerdo, no sufrí la muerte de mi padre. Sufrí el llanto de mi madre. Eso aquel día me dolió mucho más que cualquier otra cosa, sin saber, sin entender lo que ocurría, sabía que estaba ocurriendo algo no apto para menores.

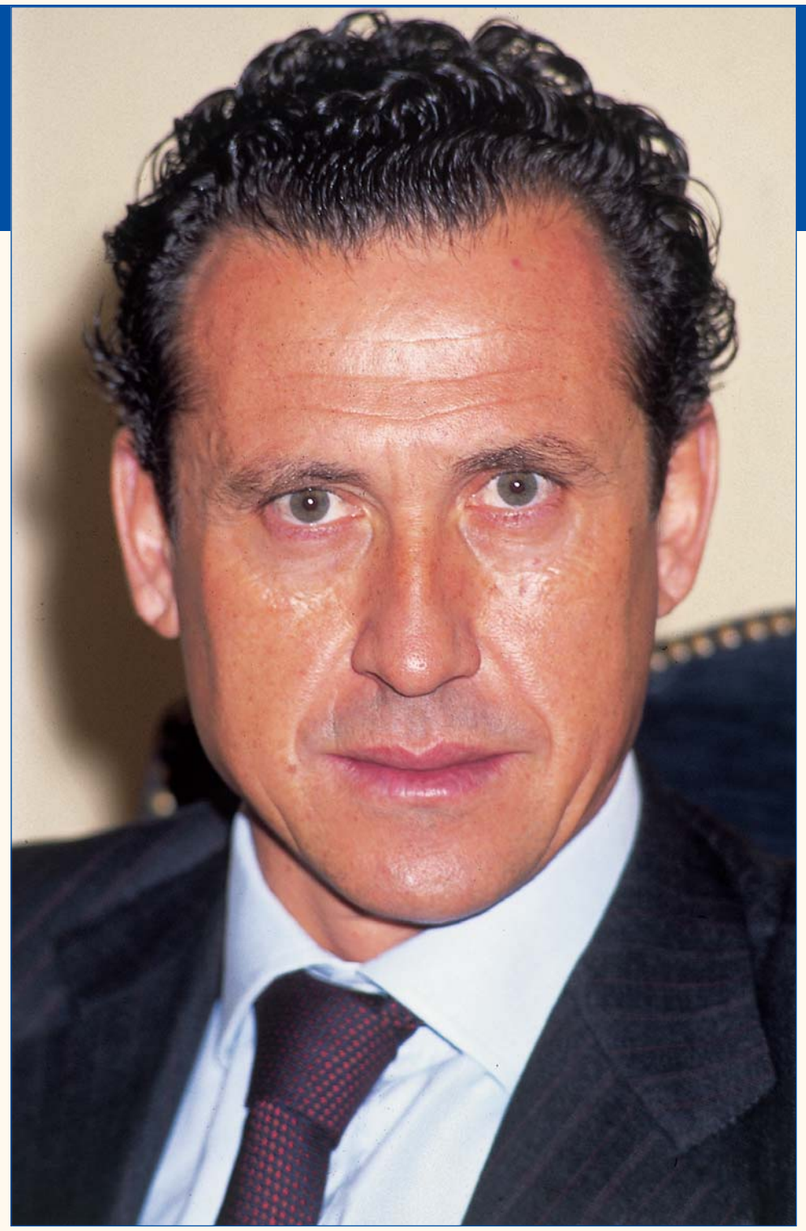
–¿Y cuál es tu memoria de lo que viste al principio del fútbol?

–Yo llegué a Rosario a una pensión en donde había adolescentes de todo el país en busca de su oportunidad; éramos como espermatozoides moviéndonos: llegaríamos a debutar en primera división uno, máximo dos jugadores. Había algo de lucha por la supervivencia en esa competencia por llegar. No sé si será una percepción equivocada, pero siempre tuve la conciencia de que en mi puesto había uno que jugaba mejor que yo. Me obligaba a dar todos los días un poquito más que los demás para tratar de sacar alguna ventaja. De hecho llegar a los entrenamientos antes que los demás e irme después, fue una constante en mi vida. Pero digo que puede haber sido una percepción equivocada, porque a los diecinueve años ya había debutado en el primer equipo, ya había debutado en la selección nacional y ya me habían vendido a España.

“Entrenar te convierte en obseso y la obsesión, como el fanatismo, reduce el recinto mental”

–¿Cómo eras en aquel momento?

–Cuando llegué al primer equipo empecé a relacionarme con gente que habían sido ídolos en mi primera infancia. Llegué con diecisiete años y había gente con 30 o 32 años que a mí me parecían que eran héroes del fútbol, gente simpática que había vivido mucho; no demasiado profesional, y que enseñaba con un método un poco crudo. Yo me acuerdo que en uno de los primeros entrenamientos, le di un pase al *mono* Oberti que para mí era un prócer. Le di un pase levemente impreciso, a medio metro de sus pies, y no hizo el más mínimo esfuerzo por recoger ese pase y además me dijo: “La pelota al pie y si no dedicate a otra cosa”. Bueno, aquello me pareció una crueldad en aquel momento, pero con el tiempo se lo agradecí porque en los próximos pases sólo me faltaba la escuadra para medir, sacar la lengua para no fallar... Ahora cuando alguien falla un pase los compañeros lo aplauden para que no se deprima.



–¿Y cómo eran los futbolistas?

–La de los futbolistas en aquella época era una raza. Compartían muchas cosas que iban mucho más allá del fútbol. Primero, que los viajes en general eran en autobús, eso te obligaba a convivir. También las concentraciones eran más largas. No había demasiada disciplina.

«Los futbolistas duermen solos en habitaciones individuales porque están enganchados al móvil y a Internet y, claro, eso no contribuye al espíritu de equipo»

Recuerdo timbas con los jugadores tirados en el suelo tirando dados y apostando fuerte... Pero se esperaba el partido como si fuera un ritual. Hay que aclarar que los partidos se jugaban cada semana y había más tiempo de asimilación. No es que el fútbol fuera lo único para mí, pero sí que era lo primero, indiscutiblemente. Al respecto tengo una buena anécdota: cuando nacieron mis hijos y lloraban, yo me iba a una habitación a dormir. Y para justificarlo decía: “Yo vivo del cuerpo”. Cosa que me ha desautorizado por los siglos de los siglos. Ahora cuando le digo a mi hija: “¿A qué hora vas a volver?” Me dice: “Tú cállate, que vives del cuerpo”.

Lo cierto es que eran tiempos en los que uno estaba obligado a la convivencia, sin embargo ahora, hay entrenadores que tienen que programar entrenamientos de convivencia. Los futbolistas duermen solos en habitaciones individuales porque están enganchados al móvil, a Internet, a la Play Station, y claro, eso no contribuye al espíritu de equipo. Por otra parte, un jugador tiene hoy compromisos de tipo publicitario y de tipo periodístico, que de alguna manera interfieren en la profesión.

–¿Eso es mejor para el fútbol?

–Creo que esta profesión requiere de un tiempo. Siempre he dicho que se juegan tres partidos. El partido de antes, que es el que se sueña y es muy importante. Imaginarse quién te va a marcar, si es zurdo o diestro, si es rápido o es lento, si es alto o bajo... de manera que cuando uno comienza el partido, y se encuentra al rival, la fase de estudio está realizada. Luego se juega el partido real y, finalmente, se juega el tercer partido, pensando lo que se hizo bien, lo que se hizo mal, lo que hay que mejorar... Ahora es muy difícil cumplir ese proceso porque apenas si da tiempo de jugar el partido del medio.

–Ahora influye todo: que Beckham se corte el pelo, que Ronaldo se case, influye en el fútbol la estética de los futbolistas...

–En primer lugar, el jugador ocupa un lugar en la sociedad que en otra época ocuparon los actores o más atrás aun los escritores, o los filósofos griegos. Hoy los futbolistas son una especie de referente social. Sobre todo ante los niños, son portadores de mensajes, de ejemplos. Eso los convierte en figuras centrales del gran circo mediático. No solo del espectáculo del fútbol, sino del gran espectáculo de la vida. Ese es un cambio muy fuerte. Hay otra reflexión que hacer que está implícita en la primera; en mi época nosotros éramos grandes personajes en España, seguramente en México o en Inglaterra. Se sabía quién era Butragueño, pero no era habitual ver a un periodista argentino o mexicano o inglés, que estuviera en un entrenamiento para pedir una entrevista. Hoy Beckham, en algunos lugares del mundo, es más conocido que el Real Madrid.

–Antes la televisión existía pero no había tanta repetición de la jugada quizá...

–Recuerdo un partido donde en el primer tiempo tuve una discusión con Juanito que duró diez minutos. Nos perseguíamos por la cancha diciéndonos barbaridades. Hay que aclarar que los dos jugábamos en el mismo equipo. Si hubiera ocurrido hoy, ese espectáculo nos hubiera costado salir del Madrid a los dos, por las barbaridades que nos dijimos todo ese tiempo... Pero nadie lo recogió ni siquiera en una línea de algún periódico. El nivel de acoso mediático hoy es insoportable y le ha quitado espontaneidad al jugador, porque se televisan hasta los entrenamientos.

–Tú fuiste testigo de la mano de Dios de Maradona...

–Yo fui testigo. Diego me da la pelota a mí, yo la disputé con un inglés y la pelota salió rebotada hacia la portería. En la pugna con el inglés yo terminé en el suelo, de manera que vi el final de la jugada a seis metros y sentado en la hierba. No logré ver la mano, pero sí la imposibilidad de que Diego llegara con la cabeza a esa pelota. Luego, cuando vi que no gritaba el gol con la energía y con la convicción que era normal en él. Era un grito con una duda dentro. La duda de que se lo anularan, claro, porque Diego no dejó de mirar de reojo al linier.

–¿Cómo se te quedó el cuerpo a ti ante esa injusticia favorable?

–Va por delante que yo soy argentino y que la viveza criolla es un producto típico de mi país que se proyectó al fútbol como parte de un modo de ser... Y tampoco hay que olvidar que enfrente estaba un equipo inglés y que las relaciones que teníamos los argentinos con los ingleses en esos momentos eran no santas...

–A veces la prensa no se entera de cosas.

–El Mundial de 1986 no fue necesario Bilardear para ganar un partido. Maradona estaba en un momento de plenitud, ganamos todos los partidos, excepto contra Italia que fue un empate sin trascendencia porque era la primera liguilla. No necesitamos jugar prórroga... Fue un Mundial resuelto con claridad y, Mano de Dios aparte, con limpieza.

«Un jugador tiene hoy compromisos de tipo publicitario y de tipo periodístico que, de alguna manera, interfieren en la profesión»

«Hoy los futbolistas son una especie de referente social. Eso los convierte en figuras centrales del gran circo mediático»

–Tú has sido testigo y también protagonista. De las cosas que has sido protagonista, ¿cuáles quedan en tu memoria como sensacionales o importantes?...

–Muchos cruces de camino que me pusieron en relación con los mejores. Viví la aparición y la desaparición de Butragueño, de Raúl, jugué contra Cruyff, vi de cerca la plenitud de Maradona, vi el fenómeno Beckham, conviví con Zidane, con Ronaldo... Estuve siempre en el lugar de los hechos. He tenido esa suerte. Y en cuanto a mi carrera, fue muy bonita porque empezó muy atrás y acabé muy arriba. Llegué al Alavés y en el primer año terminé jugando una promoción para no bajar a tercera división y, diez años después, terminé siendo campeón del Mundo, campeón de Liga y campeón de UEFA en una sola temporada. Campeón del mundo con Argentina, y de Liga y de UEFA con el Real Madrid. Y en el medio me ocurrieron muchas cosas. Fui suplente muchas veces, había un entrenador en el Alavés que daba la alineación y terminaba diciendo: "Si llueve, Badiola, y si hay sol, Valdano". Y llovía casi siempre... Luego me rompieron dos veces el peroné, tuve una hepatitis que me obligó a dejar el fútbol. Si tengo que hablar del peor disgusto de mi vida, lo tuve en el mundial'82, posiblemente en el mejor momento de mi carrera. Llegué en una plenitud física que no tuve antes y tampoco volví a tener después. Era capaz de estar esprintando noventa minutos y no conocía el cansancio. Además estaba en mi ámbito, en España. En el primer partido fui suplente, entré en el partido en los últimos 25 minutos. Fue derrota contra Bélgica. En el segundo partido entré de titular y a los dos minutos tuve una lesión que me duró un mes, que es lo que dura el Mundial. En ese momento estaba jugando en el Zaragoza y veía el Mundial como la gran oportunidad de trascender, y fue tremendo para mí tener aquella fatalidad. Entonces no sabía que cuatro años más tarde tendría otra oportunidad y que sería campeón del Mundo. Pensaba que había tenido mi oportunidad y que la fatalidad me la había quitado y fue un momento realmente feo.

–¿Qué huellas te dejaron las derrotas?

–Tuve tres experiencias. Equipo pequeño, equipo grande con pretensiones, y equipo grandísimo. Equipo pequeño, el Tenerife, equipo grande con pretensiones, el Valencia, y equipo grandísimo, el Madrid. Me fue bien, muy bien, mal y muy mal; en muy poco tiempo he vivido todos los registros de los entrenadores. Entrenar te convierte en un obsesivo y la obsesión, como el fanatismo, reduce el recinto mental. Y yo soy demasiado consciente de que la vida tiene una oferta muy amplia, de que existen los teatros, los cines, los amigos, la lectura, y claro, cuando uno está metido en ese universo tan pequeño lo demás deja de existir. Si uno viviera tres vidas a lo mejor podría gastarse una siendo sólo entrenador, pero viviendo una sola una experiencia de cuatro o cinco años me parece suficiente.

Juan Cruz y Jorge Valdano, en un momento de la entrevista.

–¿Cómo valoras hoy el descubrimiento de Raúl?

–No se trataba de una aparición que resultara obvia. Hubo que ir a buscarlo al tercer equipo del Real Madrid. También había que tener en cuenta de que tenía diecisiete años, que fue el debut más joven de la historia del club, y que no sólo tenía tres o cuatro kilos menos que ahora sino que también tenía algunos centímetros menos. O sea, que no había terminado de desarrollarse y afrontábamos el riesgo de suplantar a un mito, Butragueño. De manera que la apuesta resultaba arriesgada, pero luego Raúl la justificó sobradamente. Debo decir que estoy tan orgulloso de haber hecho debutar a Raúl como de haber hecho debutar a Guti, que a mí me parece que es el gran poeta del fútbol, un jugador que tiene un talento superior. ■